

## NOTAS SOBRE HISTORIA LOCAL DE LA HABANA

XVI

afoto 21/49

Lugares de veraneo de los habaneros durante la época colonial: II.- Puentes Grandes, Guanabacoa, el Cacagual, Madruga, San Antonio de los Baños, San Diego de los Baños y la playa de Marianao.

Por Roig de Leuchsenring.

Ya el lector conoce por nuestro trabajo de la semana anterior como entre los lugares escogidos por los habaneros para veranear, durante la época colonial, figuraban los que hoy son barrios de la Ciudad: el Cerro y Jesús del Monte, y lo que puede considerarse actualmente parte integrante de la Capital, aunque constituya otro término municipal: Marianao.

Vamos hoy a ofrecer nuevos y no menos interesantes datos sobre otros sitios veraniegos.

Tan concurrido como Marianao durante el verano era el pueblo de los Molinos del Rey, denominado de Puentes Grandes, después que la tormenta que azotó aquel lugar en los días 21 y 22 de junio de 1791 varió el curso del río y borró su primitivo nombre. Ese huracán destruyó entre otras edificaciones el famoso puente de 17 ojos, que, dice Bachiller y Morales, tal vez dió su nombre al pueblo. Según el mismo historiador y cronista, hacia 1839 estuvieron de moda las temporadas en Puentes Grandes: "las calles eran por las tardes una sola tertulia, pues las llenaban multitud de hombres de todas edades, mientras las señoras en los portales recibían sus adoraciones". Aunque en ese artículo de 1841 vaticina Bachiller que "la boga de Puentes Grandes así como la de El Cerro ya quedará perpetuada", por la creciente construcción de elegantes edificios y el aumento de la

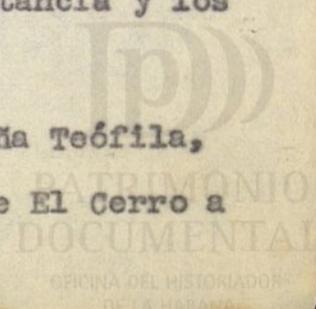
población en las temporadas, sin embargo, ello no ocurrió así pues al escribir su artículo tantas veces mencionado, de 1841, su anciana informadora recuerda como cosa ya desaparecida el auge de Puentes Grandes, punto de reunión que fué "principalmente de los empleados de la renta del monopolio del tabaco... los paseos por el río, los baños...

La villa de la Asunción de Guanabacoa, si bien gozó de gran nombradía por sus baños, como lugar de temporada veraniega, nunca tuvo la preferencia de la "gente bien", la que tenía a menos rozarse con la gente pobre y menesterosa que a aquel lugar habitualmente concurría. Fué Guanabacoa, en su época de mayor esplendor, sitio de bulliciosos regocijos populares, durante ferias y temporadas, tanto para sus habitantes como para los de otros pueblos que a ella concurrían a fin de asistir a sus peleas de gallos, procesiones, bailes, cabildos y otros placeres de mayor o menor espartimiento para el cuerpo y el espíritu. Por estas diversiones fué famosa Guanabacoa, y también por su fábrica de objetos de alfarería, por los machetes, de cinta, de finísimo temple que salían de sus fraguas, y que Bachiller y Morales los califica "las espadas toledanas de Cuba", agregando que la prueba de su bondad era doblar sus hojas "hasta que la punta toque en la empuñadura, y aun dar en un clavo con el filo sin lesión"; y además, por la reputación de sus aguas y baños medicinales, "lugar de aguas" según el significado de su nombre indio, mencionando los manantiales de Barreto, Albañil y Núñez, a los que debemos agregar los de Santa Rita, El Coronel, La Candeña, El Español y Fraij Alonso. La fran-

ca cordialidad que reinaba en las temporadas de Guanabacoa, constituía una de sus características, y su mayor atractivo, distinguiéndose por ella de las temporadas de Marianao y Puentes Grandes, "en que las costumbres de la ciudad no se alteran en lo más mínimo".

En el trabajo de Bachiller y Morales sobre la costumbre habanera de las temporadas, que él, en el subtítulo, califica más bien de "recuerdos", y por ello hace hablar a su amiga, la casi centenaria doña Teófila, menciona, además de los ya citados, como lugares de temporadas, el Cacagual, elegido "luego que se abandonó por la moda las que bordeaban las orillas del Almendares", y que era un caserío, "esparcido en las márgenes de su río y en los alrededores del manantial de agua nitrosa: población de bañistas, jugadores y gente alegre que llenaba el lugar que ahora es un sitio rústico del Marqués de la Real Proclamación: una estancia cubierta de maloja por lo común"; Madruga, cuyas aguas que tuvieron fama de resucitar a los muertos, dió a conocer el Factor Irlandés O'Farrill y analizó el químico Ramírez; San Antonio Abad de los Baños, encomiado por su agradable temperatura, lo pintoresco de su río y la limpieza y frescura de las aguas de éste; San Diego de los Baños, célebre siempre por sus aguas medicinales, de carácter hidrógeno-sulfurado, con su varios manantiales, de los que los más concurridos era el Tigre, el Templado y la Paila, lugar donde doña Teófila Olimpia "nunca se atrevió a ir por su distancia y los peligros del viaje".

Según Bachiller, el itinerario histórico de doña Teófila, en sus últimos tiempos, o sea hacia 1841, era: "de El Cerro a



las Puentes reformadas, en que figuraron el Conde Cañongo y sus parientes, el poeta marino Eulate; con sus regatas por el río y sus almirantes en las falúas, etc. De las Puentes a la Seiba de la Seiba a los Quemados; de los Quemados a Marianao. No hizo rumbo al opuesto lado, porque en Guanabacca y Santa María del Rosario se reunía más gente pobre y menesterosa, y ella no iba nunca a afligirse con cuitas ajenas que no podía remediar..."

No se olvida Bachiller de referirse por boca de doña Teófila, a "la parte más curiosa" de las temporadas: los medios de comunicaciones, desde el entonces modernísimo ferrocarril, hasta las veteranas carretas. Aunque las volantas, calesas y victorias, eran muy usadas en las romerías que se organizaban durante las temporadas, sin olvidar desde luego los indispensables caballos, "las carretas enramadas - dice Bachiller - fueron los principales vehículos de esas correrías, que pelean, en lo calmoso con este nombre: no corrían, se arrastraban"; lo que ratifica Manuel Costales, en su mencionado artículo sobre Marianao, haciendo resaltar cómo las familias habaneras se trasladaban a los sitios veraniegos de El Cerro, Puentes Grandes y Marianao, "en carretas cubiertas o enramadas con pencas de coco, y al lento paso de los bueyes empleaban una o dos horas en el tránsito y cantaban, o reían, o gritaban contestando los conudos de los vecinos de esas inmediaciones que alborilaban al encuentro".

ito a las diversiones propias de las temporadas, Cosregala con este cuadro lleno de vida y colorido en lemos contemplar el ambiente de júbilo, familiaridad, y sencillez que reinaba en las temporadas de hace más

de un siglo, desde el mismo día de l  
 distas: "Reuníanse las familias en l  
 raban, apostándose dos o tres muchac  
 era en ese día contentamiento y plac  
 deliciosa de los árboles, íbase lueg  
 pueblo, a beber agua del "pocito", y poco tardaban las familias  
 en estrechar sus amistades y relaciones con la repetición de  
 estas escenas cada vez que llegaban otras nuevas. Así se ani-  
 maban las ferias, así concurrían a los bailes, así paseaban por  
 las estancias y sitios de labor, y así finalmente pasaban la  
 temporada hombres y mujeres, Bien es verdad que los primeros ar-  
 maban además su "maniguíta", o se lanzaban a las mesas de juego  
 que en las casas de baile se levantaban cuando empezaron ya al-  
 terarse la sencillez de esas costumbres". Y se lamenta Costa-  
 les de la transformación sufrida en la época, 1841, en que es-  
 cribe ese artículo, pues entonces, la moda, el lujo y los ade-  
 lantos de la civilización, habían acabado por completo con la  
 familiaridad, la franqueza y la sencillez, "todo cuanto hacía  
 agradables las temporadas".

A este cambio también alude el propio Bachiller en el artí-  
 culo que consagró a Guanabacoa, y de manera especial censura el  
 lujo imperante en las temporadas hacia 1841: "desgraciadamente  
 - dice - camino de hierro de Güinas que tantos bienes ha produ-  
 cido en otras cosas ha inundado de casacas y levitas de paño  
 nuestros campos a pesar de lo ardiente de nuestro sol. Antes  
 para salir un joven al campo casi siempre montaba a caballo y  
 vestido de lienzo con un sombrero de "yarey" burlaba a los ra-  
 yos del sol. Hoy entra en un carro como en una sala y acaso lle-

va un sombrero de paja es exótico, viene regularmente de Francia y tiene un peso doble de aquellos ligerísimos <sup>m</sup>sobrerros que dieron por largos años lucrativa ocupación a pobres y honestas matronas, a bellas y laboriosas doncellas de Cuba".

Como el lector habrá podido observar, los habaneros prescindían de las playas como sitios de temporadas veraniegas, eligiendo, en cambio, o bien las fincas, ingenios y cafetales, o bien pueblos y lugares favorecidos por algún río o por manantiales de aguas medicinales.

Fué, ya, casi en los finales del siglo XIX, cuando comenzaron a generalizarse los baños de mar en playas cercanas a las ciudades importantes: la de Marianao, para los habaneros; Dubrocq y Way-back o Buey Vaca, para los matanceros; Varadero para los cardenenses, etc. Es en esa época, también, que se inicia la urbanización de los terrenos donde existían la cantera y el caserío de El Vedado, según los planos de su principal terrateniente, don Francisco de Frías y Jacott, conde de Pozos Dulces, transformándose poco a poco este hoy espléndido barrio de La Habana, en lugar, primero de veraneo, y luego de residencia permanente de familias acomodadas, creciendo en importancia cuando lo une a La Habana la vía férrea con su locomotora casi de juguete; se abren entonces los baños de mar contruídos en roca, que hacen la competencia a los ya existentes en el litoral de lo que es hoy Malecón, denominados de la Beneficencia, de San Rafael y de los Campos Elíseos; se construyen hermosas quintas y hasta un teatro con su hotel, café y restaurant, sitio de reunión de los elegantes de la época, el Salón Teatro Trotcha".

De nuestra más famosa playa, la Playa Azul, ha recogido Mas-saguer, cardenense tan entusiasta como orgulloso de su patria, chica, estos interesantísimos datos: El Varadero fué fundado hacia el año 1870 por un grupo de deportistas cardenenses amantes de la caza y de la pesca. Hallaron en la península de Hicacos, al Norte de Cárdenas, un verdadero paraíso para desarrollar sus "mortíferas" actividades. Ya por el año 1888 existían más de 30 buenas casas alineadas al borde de la única avenida que de Este a Oeste, partía en dos el poblado. Los Bacó, los Mederos, los villa, Rojas, los Vilá, los Neyra, Sardaña, los Castro y los Gou fueron entre otros los fundadores del poblado... Antes de unir a Cárdenas con El Varadero se iban por mar a la maravillosa playa, y era costumbre que los hombres marcharan a trabajar en el "vaporcito" a las 8 a. m. y no regresaran hasta las 5 p. m. El temporadista que por pereza o ligera indisposición se quedara en la playa estaba condenado a permanecer puertas adentro, pues era de mal tono que "rascabucheara" desde su soportal a las féminas que vistiendo horribles y complicados trajes de baño gozaban a medias de las deliciosas brisas y aguas de ese paraíso criollo. Las casas eran todas de dos o tres pisos, de madera, incluyendo el Club Náutico, en la playa Sur.

Por último, no debemos olvidar que la costumbre de las temporadas veraniegas la practicaba también entre nosotros la más alta autoridad política y militar de la Colonia, el Capitán General y Gobernador de la Isla, quien pasaba los rigores de la canícula en la Quinta de los Molinos, de la que también fué huésped ilustre a su llegada a La Habana, después del cese de la soberanía española en la Isla, el gran dominicano Generalísimo

de las tropas "mambisas", Máximo Gómez.

Como bien hace decir Bachiller y Morales a doña Teófila Olimpia, "una temporada es un puntal de la vida".

